

La Cruz del Sur

N.º

3



BAJO RELIEVE DE FUENTE

ESULTURA DE GERMAN CARRERA

M O N T E V I D E O



J. R. 1914

Contiene premio en todos los envases
Precio de venta \$ 0.45

Clarion Radio

98 010 PUREZA DE TONO

EL RECEPTOR QUE Vd. DEBE ADQUIRIR



BELLEZA—CALIDAD—PRECIO

Casa Paradizabal

Andes esq. Colonia

Leche
pura e
higienizada



LECHERIA CENTRAL · URUGUAYA
y PRODUCTOS LÁCTEOS KASDORF

Kasdorf

*es la marca
de
garantía.*

EL MEJOR REGALO:

Una Póliza de Seguro de Vida

PIDA INFORMES:
"SECCION VIDA"
Rincón 449

BANCO DE SEGUROS DEL ESTADO

La Cruz del Sur

Revista de Arte y Letras

Director

Alberto Lasplaces

Editor

Alfredo Vila

SUMARIO

FUGAS - Clemente Estable

CANTE JONDO - Carlos M. de Vallejo

EL MUNDO ES BUENO - Cuento de Hugo L. Ricaldoni

PUEBLO DE MIGUES - AVISO - Versos de Mario Esteban Crespi

GERMAN CABRERA, ESCULTOR por J. M. M.

CANCION DE LA HERIDA ANSIOSA - CANCION PARA LA HORA
TRISTE - Versos por Giselda Welker

MOTIVOS DE CRIOLLEDAZ, por Juan M. Filartigas

ELOGIO DE LOS BORRICOS ORILLEROS - ELOGIO DEL OLVIDO PRE-
SUNTO - Versos de Campos Cervera

DE ERNESTO MORALES

NOCTURNO MARITIMO - Cuento de Juan Marín

FILIACION POETICA DE JAIME TORRES BODET, por J. Carrera Andrade

PARAGUAY ARTISTICO - N. Bley

REVISTAS RECIBIDAS - NOTAS Y COMENTARIOS

PARTE GRÁFICA

CARATULA: Bajo relieve de fuente, por Germán Cabrera

MATERNIDAD - ANUNCIACION - LUGAR DE REPOSO PARA UN
PRADO - Esculturas de Germán Cabrera

AÑO V

N.º 32

Dirección y Administración: Cerrito 688

JULIO - AGOSTO 1931

MONTEVIDEO

Salen estas fugas de la soledad y van al silencio absoluto: la nada, no al polvo, que el Génesis asegura su duración por el retorno. No me pertenecen — lo que huye no es de nadie — y sólo por extravío se podrán entretener en el camino. — Tienen la profunda sinceridad de lo que muere y no cultivan el prestigio por el favor del elogio, ni son mendigas del aplauso y de la gloria. Culminan cuando llegan a ser fuga en sí.

La esencia de la fuga es el completo aniquilamiento, la total desaparición, la antítesis, el revés de las leyes de la Química y de la Física. Desde la volatilización instantánea en el vacío, en la nada, que es la fuga perfecta, a la integral conservación de la materia (la hipótesis de la desnaturalización se anularía con la identidad de materia y energía) ábrense todos los caminos penosos de la fuga. En todas las cosas hay algo que huye, que huye para siempre, que huye sin retorno, que deviene nada...

El cambio es como la huída de un ser en otro: el ser que huye de sí mismo.

La fuga deja sus impurezas por el camino de perfección que va de la huída de un ser con respecto a otro, a la huída de sí mismo, a la huída absoluta, a la huída en sí, a la nada... Pero todo lo que se expresa con palabras como nada y vacío significa, para Bergson, "menos pensamiento que afección, o más exactamente, coloración afectiva del pensamiento". Y sería un imposible pensar el vacío, la nada, porque en la idea de un objeto concebido como no existente habría más y no menos que en la idea de este mismo concebido como existente: aquélla implica ésta y su eliminación. Del magistral análisis de Bergson salimos sin el convencimiento de que la nada carezca totalmente de sentido y su agudísima penetración y la fuerza mágica de su estilo plástico y sintónico a la vez, no desvanece en nosotros la idea de que en todo hay algo que deviene nada, a la manera de la amnesia que es algo de la memoria que devino nada.

Quizás la nada sea una imposibilidad lógica y psicológica, pero la conclusión la nada es una imposibilidad absoluta, parecemos el desenlace de un proceso lógico, debido a un astuto golpe de esgrima

en un descuido en que no atendemos si la razón razona bien o si la razón razona mal, o sencillamente, si la razón razona.

• • •

En el cartesiano *cogitum ergo sum*, el testigo es testimonio de sí mismo y para sí. Y antes del *cogitum* sabe ya que existe, porque se siente vivir primero que pensar, a no ser que llamemos pensar "tout ce qui nous passe par la tête". El testigo y la existencia constituyen psicológicamente un complejo irreductible a sus elementos. Pero lo que no pueda darse en el yo consciente, sea por inspiración, sea por intuición, sea por razonamiento, ¿cabe, en rigor, negarlo como se niega la nada porque no es "pensable"?

Una imposibilidad lógica o psicológica no implica siempre una imposibilidad absoluta.

No basta, por otra parte, pensar o intuir para que lo pensado o intuido adquiera certeza de que existe. En la observación del mundo interior, como en la observación del mundo exterior, hay que contar con hechos y con ilusiones, y en todo caso, de modo expreso o tácito interpretamos fatalmente: la conciencia de los hechos ya es en sí cierto grado de interpretación, no de explicación; y todo proceso mental consciente está compenetrado de un proceso autopedagógico, que nos permite entendernos un poco a nosotros mismos.

• • •

Dos momentos no racionales — pre-lógico el uno, post-lógico el otro — constituyen el principio y el fin de todo razonamiento: el enfoque, que le da dirección y el desenlace, que le concreta o le vacía el contenido, recayendo en lo real o en lo absurdo, que puede ser independiente de la suficiencia o insuficiencia del razonamiento. No sólo en los casos de sofismas, cuya agua fuerte es el simple sentido común, le bon sens de Descartes, el sentido común hiperlógico de Vaz Ferreira o la experiencia correcta, resistencia en creer suficiente o insuficiente un razonamiento, una demostración o una prueba y en que grado lo son de verdad.

Hay quienes en cuestiones arduas lle-

gan muy pronto a la evidencia, y en otras sencillas, nunca. Por defecto de sensibilidad, unos hombres no comprenden a otros; pero por defecto de rigor, muchos creen ver a través de los cuerpos opacos!

De un coeficiente personal de creencia y hasta de dogmatismo, variable en los distintos momentos de la vida, depende en gran parte la evidencia sobre uno u otro asunto, sea intuitiva, sea por demostración.

• • •

A veces la sensibilidad peca de blandura y el rigor, de resistencia. Suelen ser una virtud o un defecto, porque en la investigación de la verdad, aquélla tiende a perdernos en la fantasía y ésta, en la incomprensión de muchas cosas indemostrables. Reobrando pueden corregirse recíprocamente y lograrse así un difícil justo equilibrio. Y es fatal que reobren, pero si no estamos advertidos, se mejoran o se perjudican, aunque en Filosofía — como en Ciencia — acaso la primacía del rigor, que aumenta con la cultura y madurez del espíritu, nos haga errar menos que la primacía de la sensibilidad.

Existe, es cierto, una ceguera para los matices en la percepción de la realidad, tanto objetiva como subjetiva; pero también existe la ilusión de poder distinguirlos ignorando los colores.

• • •

Por razonamiento admitió Pascal la divisibilidad de la materia hasta lo infinito. Si aceptáramos un límite, discurriría, tendríamos que aceptar también que cero extensión más cero extensión es igual a una extensión, lo que evidentemente es absurdo. Y aquí que Pascal, luego de enseñarnos con tanta hondura que el espíritu de geometría y el de sutileza tienen dominios propios, muchas veces olvidó esta enseñanza como un distraído discípulo de sí mismo. En su tentativa de demostración por el absurdo, parte de la premisa tácita de que lo indivisible es lo in extenso, de que la divisibilidad finita presupone el límite en la nada extensión.

Y por razonamiento también negó Spencer que la divisibilidad infinita pueda pensarse, pues exigiría un número infinito de sucesiones de estados de conciencia, para lo cual necesitaríamos un tiempo infinito. Nótese en esto una identificación oculta entre divisibilidad pensada y divisibilidad experimentada (como para Mach y Rignano, el razona-

miento sería una experiencia interna que no diferiría de la experimentación objetiva más que en la manera de expresarse; hay, sin embargo, una diferencia notable: en el razonamiento la verdad y el error están dados por él mismo, mientras que en la experimentación están dados por las cosas, que no pocas se vuelven contra nuestros juicios, aunque se hayan basado en los hechos. Con harta frecuencia nuestra lógica es como los malos profesores, a quienes nunca les fracasa una experiencia y llegan siempre bien a la demostración que se habían propuesto realizar).

• • •

Generalmente en cada generación unas pocas cabezas aportan ideas que las otras diluyen en una gran masa de palabras. El tiempo, que es el mejor cristallizador, las vuelve a sus formas puras. Pero siempre tendrá un gran valor moral y pedagógico darlas a conocer, a través de propias meditaciones, con actividades espirituales de elevación.

• • •

El aforismo acaso sea el estilo del porvenir. Un sentido cada vez más exigente de lo esencial irá imponiendo la brevedad. Gran escritor es el que dice mucho con pocas palabras. En la concentrada forma aforística, las ideas de una época vivirán siempre. Bajo la balunda de billones de libros, tendrá el hombre que usar del lenguaje escrito como sugestión antes que como expresión y análisis. Al estilo flojo a fuerza de decir de mil y una maneras la misma idea, sucederá el estilo tenso que deja al lector el ejercicio y la alegría de descubrir su contenido, que las cosas demasiado dichas se agotan pronto y enojan a quienes tienen el espíritu listo y grávido a la vez, porque van dirigidas como lecciones a párvulos.

Perdurarán, naturalmente, los análisis cuya penetración nunca pueden acabar las mentalidades medianas, por la verdad y belleza de matices (la *nuance* de los franceses) que escapan a todo estilo aforístico. Sin embargo, si el aforismo no expresa los matices, los crea con su luz, como una puesta de Sol, pues deja tras de sí un crepúsculo de sugestiones.

• • •

Los intelectuales de vidrio, como el licenciado de Cervantes, temen que la cultura les quiebre la originalidad, porque creen que es una carga! No comprenden que el mundo grande es el más pro-

pio por ser auténtica y definitivamente uno.

El fidjiano ahorcó a su compatriota porque de vuelta de un viaje de riesgo, sostuvo que habían otras tierras que la isla de Fidji... ¡Es un derecho de legítima defensa, pues muchas celebridades se volatilizan en el vasto mundo de la cultura!

Los grandes hombres de todos los tiempos se han caracterizado por la ascensión paralela de la cultura y de la originalidad; no parece que de otra manera se culmine en los momentos cenitales de las obras maestras.

En tanto nosotros nos vamos y nos vamos para siempre, el viento se queda sacudiendo la cabeza al árbol, para ver si suelta la idea de la vitalización de la materia, que es el único fruto que el hombre no ha podido arrancarle.

El hombre que anda y medita es el silencio que se mueve en medio del ruido.

Kant es la paz pensativa de un extrallado cielo de otoño.

Definición nocturna de una ciudad con los focos encendidos: la civilización vigilando al hombre que duerme.

Como golondrinas, todos los sonidos anidan en el oído: la cabeza del hombre está llena de nidos.

La atención es el martín pescador de la idea en el caudaloso río interior.

La luz vive cansada buscando una sombra donde descansar y la sombra vive en perpetuo "susto", escondiéndose detrás de las cosas.

C l e m e n t e

E s t a b l e



J. M. DE VALLEJO

Te fuiste, Carmen Casena.
 Tu vida nada esperaba.
 Te habrá sentado a su vera
 La Virgen de la Esperanza.
 Sobre el andaluz tronfo
 se quebró tu última danza.
 Te fuiste, Carmen Casena,
 moviendo tus fieras ancas.

Agitaban los palillos
 tus exangües manos blancas.
 —¡Olé! — te dijo la muerte
 y arrebolaste tus faldas.
 En el carbón de tus ojos
 se consumieron tus ansias.
 Tu pañolón de Manilla
 te ha servido de mortaja.
 Te fuiste, Carmen Casena,
 porque ya nada esperabas.

Se quemaron sus pinceles
 como tus pestañas mágicas.

Por las callejas morunas
 vaga en pena tu alma trágica.
 Te fuiste, Carmen Casena,
 llena de cañi arrogancia.

Sobre el tinglado flamenco
 ballaste tu última danza.
 Por tu vida y por tu muerte
 enmudecen las guitarras.
 Sobre tu cuerpo serrano
 llora Córdoba, la Maja.

Te fuiste, Carmen Casena,
 moviendo tus fieras ancas.

Cádiz, 1931.

EL MUNDO ES BUENO

DEL LIBRO · LADIBILLOS ROJOS ·
QUE ACABA DE APARECER

El hombre marchaba adelante, dando grandes zancadas, el muchacho iba a su zaga, clavando las alpargatas rotas en su huella.

Al llegar frente a la puerta de una tienda de comestibles se detuvo brusca-mente, y extendiendo la mano dijo:

—¡Mira!...

Desde la acera se distinguía una habi-tación pequeña y sucia, con las paredes cubiertas por estantes de madera.

Un mostrador de zinc con un grifo de bronce cerraba el paso, y en un rincón derramaba fulgores rojizos una hornilla atestada de carbones encendidos, en la que una anciana freía filetes de pes-cado.

Muy cerca, sentada en un banco cojo, una mujer daba un plato de sopa a un ni-ño de crenchas revueltas, con las me-jillas cruzadas por tiznes de hollín, en tanto acunaba a otro más pequeño con un rítmico movimiento de la rodilla.

—¡Mira, — repitió el hombre, — ahí tienes cómo es posible pasarla bien, sin romperse mucho la cabeza!...

El muchacho alzó hasta él sus ojos azules y sonrió sin convicción, restre-gando la nuca contra el cuello de la cha-queta.

—¡Tienen fuego y comen!... — res-pondió alegremente, pegando con el pie en las lozas de piedra gris.

—Ya ves. El bienestar no es patrimo-nio de unos pocos. Todo estriba en sa-berlo buscar...

—Y usted... ¿y usted lo ha bus-cado?...

—No. Nunca me ha preocupado otra cosa que vivir con libertad. Me confor-mo con respirar hondamente el aire fres-co de la mañana, tomando mate...

—Pero suele pasar hambre...

—¿Quién te lo ha dicho...?

—Usted mismo.

—Tienes razón. Pero pese a todo man-tengo lo expuesto: ¡la dicha es fácil!...

De la trastienda llegaba un canto de fonógrafo, chillón y desagradable, segui-do por un silbido agudo y ágil, que era como la sombra de las notas jugueto-nas.

Le golpeó en el hombro y le ordenó:
—Sigue. ¡Hay que dejar a las familias hacer sus cosas con tranquilidad!...
¿Tu nunca has tenido familia?...

—Sí... Un perro lanudo.

—Ya es algo... ¿Y qué más?...

—Una lata con malvones.

—¿Rojos?...

—Sí, rojos, los otros no parecen mal-vones. Y un trozo de vidrio de au-mento...

—¿Y para qué?...

—Para observar los cuernos de los es-carabajos, y mirar los ojos de las mos-cas...

—¡Ah, ah!...

Sigueron caminando por la calle aba-jo. Era una arteria rica de barrio pobre, llena de luces y de tableros oscilantes.

Sobre la calzada pasaban velozmente los automóviles, y los tranvías hacían temblar los cristales con su pesado ro-dar barrullento.

Cruzaban con indiferencia entre los grupos de curiosos, agolpados ante las casas de radio absorbiendo melodías negras y canciones del suburbio.

—¿Te gusta cantar?... — le interro-gó, contemplándolo de reojo.

—Prefiero oír. Cansa menos y aprove-cha más...

—¡Caramba!... ¿Sabes que piensas bien?...

—Pues siempre me han dicho lo con-trario... Por eso tengo el cuerpo lleno de cardenales...

—No habrás sabido tratar a la gente. Dile a todos de "señor", y cuando pidas solicita el doble, para transar sin gruñir por la mitad de lo que esperabas reci-bir... ¡Y ya verás!...

—Lo he intentado.

—¿Y...?

—Nada. Como si oyeran llover. Cuan-do no me daban un empellón, para que desapareciera...

Le inquietaba esa intransigencia in-fantil, amasada con amargura. Buscó en lo hondo de un bolsillo, y de él extrajo una pulgarada de tabaco negro y molli-do, con el que comenzó a liar un ciga-rrillo.

—¡No pareces muy satisfecho de tu vida, muchacho!...

—¿Qué pretende...? ¿Qué baile porque me cuela el frío hasta los huesos?...

—Sería un modo de entrar en calor.

—Pero no me quitaría el mal humor...

—Mala suerte, ¡por qué el mundo es bueno!...

Le lanzó una mirada de asombro:

—¿Lo dice en serio?...

—¿Y por qué no...? Yo no me quejo. Si no estoy mejor es por mi culpa.

—Y por la de los demás.

—Vamos... ¿cuántos años tienes?...

—Catorce.

—Pues representas diez, y hablas como si en realidad tuvieras cuarenta... ¡Mal balance!...

Habían llegado a una bocacalle calma y oscura, y por ella giraron alejándose por bajo de una frondosa fila de paraísos, junto a paredes lisas y bajas.

El silencio tenía allí sosiego de pozo, y sólo se rizaba en el temblor de las hojas, apenascadas contra las estrellas en mantos quebradizos. Las dos siluetas aparecían y se esfumaban en el círculo amarillento de la luz de los focos, alta la una, baja la otra, hermanadas en la misma vejez grisácea de sus ropas.

—¿Queda lejos aún...? — inquirió el muchacho, cruzando las manos a la espalda.

—Según sea tu cansancio...

—Ves, viejo, ya me duelen los pies.

—Entonces armate de coraje. ¡Los pobres no tenemos carruaje!...

—¿Muchas cuerdas?...

—Más de las que esperas. Pero ya te podrás tirar más tarde en tu cama...

—¿Cama?...

—O montón de bolsas mugrientas, tanto da. A nadie se le ocurrió aclarar el punto y todos han dormido mejor que al sereno...

—¿Es qué hemos sido tantos, sus huépedes?...

—Cada comienzo de invierno me trae uno.

—Crefa ser el primero.

—Y no serás el último. Para quien no tiene nada, un techo de latas herrumbrosas es un mundo.

—No tema que extrañe nada...

—¿El qué?...

—Mis comodidades de antes...

Rió el hombre. Cuando lo hacía, su ancha cara se iluminaba, adquiriendo una profunda gracia barroca, y un des-

tello de claridad brillaba en los dientes fuertes y sanos.

Podía tener cualquier edad. Bajo una capa de miserias y privaciones, la gafa de los años se borrona, y sólo queda la juventud o la ancianidad exterior, tan distinta a la otra. Pero la madurez le aclaraba un tanto la barba que le cubría las quijadas, y bajaba el labio inferior con fatiga, sobre el mentón redondeado y graso.

Parecía pensar en algo muy grave, hasta que preguntó de improviso:

—¿Y dices que te llamas?...

—Beto.

—Te pido el nombre completo.

—Además "el Flaúta", y el mote de la calle o barrio en que me guarezco...

—Basta. Ahora me sobran. Cada esquina puede ser tu madre...

—Y mi padre la calle que va por todas...

—¡Eso!...

Caminaban, caminaban siempre, sobre la acera cuyos flancos se iban despoblando, penetrando por los portillos bocanadas de viento húmedo, que ahuyentaba bandadas de hojas secas.

El campo salía a su encuentro, escoltado por fábricas y escuelas, con sus numerosos ojos muertos, con sus ventanas sin postigos y sus escudos desteñidos.

Algunos charcos espejeaban junto a los troncos, y el barro se deslizaba bajo los cercos, en tanto que tras las zarzas se sentía el movimiento de las aves de corral, trasnochando su quietud.

Y marchaban sin cesar, hombre y niño, renunciación presente y promesa de carne vencida, indiferentes a la ciudad que se distinguía fugazmente desde la altura, como una sábana púrpura colgada de las nubes, y en una torre muy alta, perlada de puntos luminosos.

Llevaban su drama consigo, con avidez de usureros.

El dolor era su único capital.

II

Aquello estaba escrito.

Tuvieron que pasar las cosas así, para que sobre la cueva indiferente y hueca pesara la mano negra e implacable de la adversidad.

Beto cayó enfermo.

Una mañana no pudo levantarse, a quebrar con el dedo el vaho que cubría los vidrios de la única ventana de la choza, y se quedó boca arriba, duro e impasible, mirando como el hombre en-

cedía en ángulo de la vivienda una llama temblorosa y débil, que se desprecaba crepitando de entre una pira de tabillas partidas.

El aire se fué poniendo espeso de humo, y el rocío del techo, que se iba fundiendo con el sol que trepaba por el cielo, se oía caer con intermitencias de paso cojo sobre un cacharro de afuera.

Viendo que el muchacho no daba señales de incorporarse, el hombre le interrogó, sin volverse hacia él:

—Vamos... ¡El señor aguarda el desayuno en el lecho!...

—Se ha quedado corto.

—¿Por qué?...

—Espero al médico.

Sopló el fuego, hasta que los carrillos le brillaban con el esfuerzo, y mientras aspiraba nuevamente aire, bromió:

—¿Jaqueca?...

—No... ¡Peste!...

Giró un tanto la cabeza y lo observó con incredulidad.

—¿Qué buscas, — le preguntó; — es que le huyes al frío?...

—Boberías...

—¿Entonces?...

—Es que estoy mal, de verdad. ¿Por qué no me cree?...

Se incorporó, hasta besar con la frente en una travesía ahumada que cruzaba de pared a pared, y avanzó unos pasos, de modo que el rectángulo luminoso de la ventana se alojó entre sus anchos hombros.

Escrutó con atención el rostro flacuco y pálido, las orejas amarrotadas y corridas en ángulo hacia la mejilla, y los párpados que se hinchaban sobre el globo del ojo, enrojecido.

—Me estás convenciendo de que no es buena tu cara...

—Es que yo quisiera creer lo contrario. ¡Pruebo a hacerlo!...

Estiró lentamente la mano y le acarició las sienes. Dejó los dedos quietos por un momento, y luego los retiró con preseteza.

—¿Caramba, con este frío!...

—Tienes calentura, — comentó.

Salivó con calma en la tierra del piso, y puso la planta del pie encima.

—Ahí tienes... Habrá que ayunar...

—¿Olvida que ya lo hago desde antesdeayer?...

Se rascó una oreja con embarazo, y luego tomó una gorra con visera de hule que colgaba de un clavo, y le recomendó:

—Espera. No te muevas. Trataré de hallar algún yuyo que te cure...

—¿Yuyos?... ¿Cree que me sanarían?...

—Como con la mano. ¡Ya verás!...

Salló del rancho, hacia el que se inclinaba con languidez un montecillo de tártagos, de troncos lisos y finos, y echó a andar por la senda que trepaba la barranca, por cuya ramba caía un ejército de cacerolas desventradas.

—Viejo, — gruñó, — estás haciendo tonterías...

Aquel muchacho le amargaba la vida. Poco a poco le había ido tomando cariño, conforme la extraña sociedad se robustecía con el rodar del tiempo y de los acontecimientos.

Le había hecho conocer todos los secretos de su rebelde vagancia, y saborear el encanto de la modorra de la siesta, respaldados en los cubos de cemento de la rambla nueva, de cara al mar, que chicoteaba por lo bajo, hirviendo en su espuma.

Con su bolsa al hombro hurgaron las montañas de desperdicios de la quema, y en los altos de inmundicias que se iban haciendo en los zanjones de los terrenos baldíos. O caminaron durante horas junto a las vías del ferrocarril, atisbando a través de las tapias, y entre las mercaderías acumuladas en las estaciones suburbanas.

Fué su maestro del arte de vivir de la nada y del silencio, y el otro le ofreció su socarona filosofía de pilluelo traspasado de incertidumbres, con algo de retozar de cachorro callejero.

Se tornaron inseparables, aliando sus miserias en un solo gesto de soberbia, y corrieron bajo el arco de la luna la misma historia de amores invisibles, burlados por el llanto de los perros.

Casi ya no recordaba dónde ni cómo le había hallado:

¿En el polvo del arroyo, despedido por la acritud de una riña?...

¿Vomitado por el túnel cegado de un corredor a oscuras, disputando a un perro un trozo de carne fría?...

¿Lanzado por la rueda de rayos amarillentos de una jardinera, huyendo del casco de un policiano?...

Tal vez; puede que así fuera; pero no podría precisarlo, tan falta de distancia estaba su vida.

Lo cierto es que ahora avanzaba velozmente por el campo desierto, que el arrabal engullía por una calle de eucaliptus,

en busca de algo que le cortara esa fiebre que le ardía por dentro.

Su paso era vivo y su guiñar más inquieto, cuando salvaba los abrojes y los apeñuscamientos de cardos violetas, indagando en el pasto despeinado y reuelto que pisoteaba nerviosamente.

Hacía tie mpo, mucho, había aprendido a conocer a los yuyos y sus virtudes, terapéutica proletaria que sabe a brebaje de indios, y confiaba en el recuerdo para dar con lo que buscaba.

Una vaca pampa, con el ternero colgado de la ubre, le miraba tontamente, como compadeciéndolo.

¿A él?... ¡Sí toda la ciudad era suya!...

III

Creció como una pompa de jabón a punto de estallar.

Pero no estalló, porque sino la historia hubiera terminado allí.

El mal se fué corriendo por el cuerpo, escabulléndose por las venas azules, que envolvían a los miembros en una telaraña irregular.

Muchos cabos de vela se transformaron en una gruesa lágrima de sebo, sobre el cajón situado junto a su cabeza, mientras el hombre observaba las oscilaciones de la calentura, como en una caldera de vapor.

Le contemplaba largamente, disolviendo su atención en el triscar del cascabel de un caballo que pasaba trotando a la distancia, o en el resoplar del viento entre las tablas de los postigos.

De tanto en tanto vertía agua en un jarro sin asa, y dejaba correr unas gotas entre sus labios resecos y endurecidos, que absorbían el líquido como arenilla.

Después se sentaba otra vez en cuclillas, velando el jadear de fuelle del pecho, que subía y bajaba con intermitencias dolorosas.

Cuando se removía bajo las ropas que le cubrían, se inclinaba hacia él, y le preguntaba en voz baja:

—¿Duermes?...

—¡Ojalá!...

Le palmeaba las manos, y le comunicaba misteriosamente:

—¡La tuna ya tiene flores!...

—¿Bonitas?...

—¡Color sangre!... ¡Tendremos higos más tarde!...

—Al menos usted los comerá...

Fruncía el ceño con enojo, y le amonestaba:

—Ya... Te comprendo... ¡Así vamos mal!...

Pero él también se sentía intranquilo. La fiebre no se marchaba, y por el contrario, cada vez parecía sentirse más a gusto allí, curándose de humo.

La médica había llegado una tarde en que nubes terrosas disparaban azuzadas por la borrasca del Norte, y se había marchado poco más tarde, dejando dos o tres nombres, una botellita verde y una gran duda ácida.

—¡Quién sabe!... ¡Ha comido demasiado poco!...

—¿Era suya la culpa, acaso?... Cuan-do vino, ya el hambre le había enfriado los ojos azules, y lo poco que le pudo ofrecer fué siempre superior a su viejo abandono.

Pero quiso hacer más, aún. Decidió buscar trabajo, y cerrar los dedos sobre el mango de una pala, o en la empuñadura de un martillo.

¡Trabajar!... ¿Llegaría el muchacho a comprender todo lo que significaba su sacrificio?...

No importaba. Una extraña sensación del deber le impedía a hacerlo, olvidando cuarenta años de rebelión.

Ignoraba cómo y dónde se podía trabajar, aunque imaginaba que algo así debía realizarse en los talleres que tendían a las tardes púrpuras sus altas chimeneas de ladrillo, el canto de sus sirenas, y la larga legión de obreros vestidos de azul, como muñecos; o en las huertas que estiraban en las cuchillas los tabloncillos afelpados de sus sembradíos.

Ignoraba casi todo, pero era dueño de una certidumbre: la de que era necesario llevar por las noches unos reales al rancho, con que llenar la olla que colgaba de un trípode de alambre oxidado, o con que renovar el brebaje con gusto a campo y con olor a bajío.

Por eso se lanzó al encuentro de la ciudad, que nunca le había negado el precio de su libertad.

No demorará en volver, con el primer puñado de monedas, blancas y lustrosas como una luna nueva, — le aseguró al partir la primera vez.

Regresó a las muchas horas con la cabeza inclinada, y un algo de desconcierto en el pelo revuelto. Entró, arrojó el saco al azar, y se encaró con las brasas, que se dormían bajo una crosta de ceniza.

—¿...? — aventuró el muchacho, con sus azules ojos cubiertos de melancolía.

—Aún nada... Pero no hay que apre-

surarse. ¡Tenemos mucho camino por delante...

Lo dijo, pero su voz no goteaba confianza, como antes. Diríase que había divisado en los hombres y en las cosas, algo que nunca notara.

Y la escena se volvió a repetir, en una, dos, numerosas oportunidades, ahicándose de más en más sus esperanzas, y creciendo el desconcierto de su alma.

Parecía que toda la labor encomendada a la lumensa colmena cercana, había dado con los brazos capaces de cumplirla, y que ya no cabía nadie más junto a los tornos y a las prensas de largas palancas oscilantes.

—Soy joven... — les aducía.

Y luego, ante una negativa:

—No exijo nada extraordinario. ¡Denme tan sólo medio jornal!...

Y continuaba chocando contra la resistencia pasiva, pero firme, del patrono, por lo que argüía, como arma decisiva:

—Tengo hambre... ¡Tengo un hijo enfermo!...

Entonces le daban la espalda, y se alejaban, como diciendo:

—Caramba, que poca imaginación para tejer el cuento...

Reiniciaba la marcha, mordido por el dolor y la indignación, en tanto que el dolor de protesta crecía en su espíritu:

—¿Qué es preciso hacer para adquirir el derecho a conservar una existencia tan inofensiva y tan poco molesta como la del pequeño?... Cuando nada le sollicité al mundo, éste le ofreció cuanto precisaba para llenar de placidez su cuartucho gris... Y ahora que pedía un trozo de pan a cambio de su esfuerzo, de su sincero afán por ser útil, de la seguridad de su entrega a la máquina compleja y vasta, todas las puertas se le cerraban lentamente... ¡No interesaba el trabajo de un hombre, sobraba la colaboración de esos hombros vigorosos, habituados a cargas estrellas...

Sin embargo, al retornar a la cueva, extendía su sonrisa sobre los dientes.

—Creo que al fin tengo asegurado el puesto... — mentía, — han prometido conchabarme en una fundición. No será nada espléndido, pero es algo... Ya veremos de mejorar, más tarde...

El Beto le contemplaba, y dudaba. Vefa asomar la interrogante en sus pupilas, y se doblaba avergonzado.

Cada vez estaba peor el muchacho.

Y de día en día eran menores, asimis-

mo, las posibilidades de dar con una ocupación.

Se vió asediado, acorralado, casi vencido, hasta que sacudió las manos con ira, y se decidió a todo.

Le faltaba solamente una cosa: ¡robar!...

IV

Y se resolvió a robar.

Fué su último sacrificio. Estuvo manteniéndose en equilibrio sobre su indefinible moral de buhonero, hasta que la seguridad de que todo se terminaba lo precipitó al encuentro de lo irremediable.

Tomaría por su mano lo que se le negaba en cambio de sí: humillación, y conquistaría por la astucia algo que rogó, casi de rodillas, dispuesto a encerrarse en la incómoda callejuela de un horario.

Ese día se echó al hombro una bolsa vacía, y se escabulló silenciosamente del cuartucho.

Beto flotaba en el borde del delirio, y sus ojos le rozaban sin verlo, perdidos en una ola vaga y transparente.

Al ir a cerrar la puerta, creyó oír que le llamaba, pero al volverse le vió, rígido y muy pálido, con una angustiosa serenidad dibujada en el semblante, tal como lo dejara.

—Es mejor que no sepas nada... Y... ruega por tí... y por mí muchacho!...

Partió, casi corriendo, tropezando con los trastos viejos esparcidos por el campo, hundiéndose en la noche quieta y tenebrosa, como una bestia perseguida por los perros.

Se encaminaba al acaso, sin rumbo, dejando que la suerte, o la fatalidad, le guiaran a su capricho.

No quebraba un solo rumor la calma de la hora. Diríase que mil pupilas seguían su vagar, atentas a sus gestos, escrutándole con severidad de juez.

—Si Dios existe, me comprenderá, — reflexionaba mentalmente, — como descargándose de una mole que le aplastaba sin tocarlo.

Y continuaba su marcha, azuzado por el temor de regresar demasiado tarde.

No había tomado ni un sorbo de alcohol, podía jurarlo, pero se sentía poseído de la locura de la embriaguez, atontado por mil cuadros que se le sobreponían vertiginosamente en la imaginación.

Hasta que perdió la noción de sí mismo... Y durante cuatro o cinco horas

vivió una existencia artificial, siguiendo como un autómeta a su obsesión.

—;Es preciso salvarlo. — se repetía sin cesar, reanmándose cuando comprendía que sus rodillas no podían más aguantarlo en pie.

Y recomenzaba el camino, sin decidirse a cumplir su propósito: Costaba hacer aquello, mil diablos...

Rondó casas dormidas, de batientes cerradas y rejas de hierro; depósitos abandonados y de portones sellados con grandes cerrojos; almacenes instalados en la obscuridad con su haz de luces y su vago resonar de copas y cuerdas de guitarra; y los amplios zaguanes de losas de marmol, por los que se derramaba en la calle el llanto de un niño o la voz de un viejo, regañando con aspereza.

Giró alrededor de todas esas posibles víctimas, sin atreverse a robar, y diciéndose perplejo: "¿Siempre se llbrará esta lucha?...".

Pero el reloj luminoso de un iglesia, entrevisto como en sueños, lo trajo a la realidad, con el mudo reproche de sus brazos negros abiertos hacia el cielo, sobre el campo dorado de la esfera.

Se estremeció y se dirigió sin una vacilación hacia un barracón de techo en pendiente, con fisonomía de granero, al que forcejó largamente todas las entradas. Más las buenas cerraduras burguesas rechazaron con facilidad sus intentos.

Reanudó su esfuerzo contra el portallón de un garage, pero el roncar de un motor le arrojó de allí, como una maldición; y más tarde el eco de unas pisadas sobre la tierra húmeda le hizo huir, cuando ya aferraba contra el cuerpo un cajón de gasolina, tomado audazmente en la entrada de un sótano en tinieblas.

Con el rodar del tiempo crecía su excitación, al chocar en todas direcciones contra algo que le contenía.

Jamás su miseria contempló una aventura como aquella, cien veces comenzada y otras tantas abandonada, pareciendo que todo se confabulaba para impedir el logro de su delito, que pese a todo era su salvación...

Hasta que ya de regreso, con temor de que la faja cárdena del amanecer lo sorprendiera en su herrar interminable por el arrabal despoblado y yerto, escuchó por encima de un paredón coronado por una sierra de cascos de botella, el

suave alboroto de un corral, que sacudía a la brisa el sueño ya gustado.

Se detuvo. Pesó un segundo el valor de su esfuerzo, y recordó los límpidos ojos azules del enfermo. Entonces siguió el muro hasta un ángulo, clavó en el hueco de los ladrillos el extremo de las botas, y con un seco envión de los codos y las muñecas cayó del otro lado, sobre una vidriera que se quebró con estrépito.

Sintió anudársele la garganta bajo la presión del terror, mientras que los latidos del corazón le repercutían como alabazonazos en la cabeza, descentrada por la angustia.

Se recogió sobre los talones, pronto a escabullirse o a defenderse. Nada. La quietud recobraba su sitio, sin que se alterara la inmovilidad del fondo del corral.

Serenado, dió o tres pasos. Emblstió un tronco que le desgarró la chaqueta, desvló las ramas de una higuera, que le pegaron en la boca, y desplazó con cuidado un tanque de hojalata a medio llenar con agua.

Prosiguió marchando. Descorrió el pestillo de una puertecita de alambre tejido, y extendió las manos hacia donde sentía removerse algo vivo e inquieto.

Tembloroso, aferró a ciegas un ala de plumón rígido y caliente, y luego otra más, cubriendo los cuellos flexibles bajo la ropa, acallando el cacareo de protesta.

Casi acariciando aquella carne grasa y bien cebada, rehizo su trayecto, ansioso de aire libre, sintiendo en su nuca el apremio del peligro. Cruzó por bajo el árbol, esquivó la estaca agazapada en la sombra, y trepó sobre el cobertizo, entorpecido por su carga, sintiendo en los jarretes el escozor de la carrera próxima.

Su frente rebasó la tapia. Allá, a lo lejos, la tierra y el cielo se partían en una vaga línea de claridad, haciendo resaltar un mar de contornos confusos.

Quiso saludar al día que apuntaba. Pero al mismo tiempo resonaba un estampido en dirección al edificio que respaldaba el patio achatado a su piés, y una lluvia de perdigones golpeaba contra la pared, como una ráfaga de viento en un hacinamiento de hojas secas.

Dió un grito de dolor y rebotó contra la acera.

V

La fiebre había ido descendiendo paulsadamamente, y tras una ausencia de días volvía a reconocer las paredes sucias e

inhospitalarias, iluminadas por el lívido resplandor del alba.

El muchacho percibió un rumor junto a la entrada, y recién comprendió que estaba solo, y que en el fogón la caldera inclinada y vacía caía sobre los troncos apagados.

Pero casi sin intermitencia apareció el hombre, respirando con dificultad, conduciendo dos grandes gallinas doradas colgadas de la cintura.

Su expresión impresionaba. Era la de una persona que vuelve a su refugio después de haber luchado dolorosamente, y parecía tan deprimido como el mismo Beto.

Pero éste no vio nada, satisfecho de recobrar su contacto con la realidad, y ante el espectáculo de aquel trofeo de cresta encendida.

—¿Había salido?... — preguntó en voz muy baja.

—Sí, — contestó — hace un rato. Ya

no podía dormir más... y quise ir a saludar al sol, recostado contra la barranca...

—¿Y esas gallinas?...

—Más... Nuestras... Las he ganado anoche... ¡A buen precio!...

El muchacho esbozó una sonrisa de complacencia, y se dejó deslizar sobre la almohada, arrebujándose hasta las orejas.

—¿Ha llegado a convencer a alguien?...

—Sí, — respondió gravemente, — estaba cierto de que lo haría... No podía ser de otro modo: ¡el mundo es bueno!...

Y se oprimía la carne del muslo, cubierto de sangre pegajosa, mientras encendía una cerilla contra la uña del pulgar.

Una rara sensación de sueño crecía en su interior...

H u g o L. R i c a l d o n i

P U E B L O D E M I G U E S

A V I S O

Se necesita un valle para ilustrar con cuentos de pastores,
con fugas de matreros y descansos del paisaje.

Se necesita un lago, una laguna o una fuente
para atrapar la luna el día que se decida a quedarse
para siempre en el agua.

Se necesita un río para ponerle un límite al andarín
que recorre la ilusión de los niños, el hastío de los viejos
y la frivolidad de las muchachas.

Se necesita:

un viejo popular y rezongón
para que se diviertan los muchachos;
una negra grandota bien fiel a los patroncos;
un perro policía, de esos como la gente;
un cura que se preocupe de la iglesia, reconstruída hace más de 20 años
y aún sin revocar,
a pesar de los grandes funerales habidos,
el registro eclesiástico y la generosidad popular.

Se necesita una vereda que permita
eludir el barrial,
que impide visitar, cuando ha llovido,
al Secretario del Concejo Auxiliar.

Se necesita una muchacha que se escape de amor a la ciudad,
en contraste con la novia infinita que se queda de amor en el pueblo.

Se necesita un muchacho taciturno que apague el último la luz,
porque su cabeza trepida de anhelos
y tiene la aguja del amor y el dolor solitarios
clavada en la almohadilla de su corazón.

¡Que vaya un acordeón a restaurar las polcas escondidas
en el rancho más viejo de la tardecita:
de repente florecen los viejos malvones
y los paragüitas de novia!

¡Que vuelvan las serenatas de mi tiempo!
¡Vamos, Bonifacio! ¡Vamos, Bautista! ¡Vamos, Fermín!
¡Después del baile templaremos las guitarras
y templaremos el violín:
iremos a sacudir los sueños más queridos
y los penetraremos de amor!
("Sobre las olas": Vals. "Sueño de primavera": Canción).

GERMÁN CABRERA, ESCULTOR

Bajo la máscara de una fácil despreocupación, de un chiste malo, o de una sonrisa que a veces se nos antoja mueca, escuda Germán Cabrera, contra los que lo conocen poco, su espíritu inquieto y la onda de luz, movimiento y color en que ese espíritu se mece.

Poco de observarlo, nos alcanza su mirada lejana. A poco de hablar con él, nos ennoblece la emoción, y al darnos luego la mano, nos gana la impresión de que la dá del todo, como alguien dijo del gran Ernesto Herrera.

Y así, se ve su obra, y así se explica su obra: producto de un temperamento sensible, fino, y pleno de amor y de bondad.

Frente a su "Maternidad", nos seduce de inmediato la ternura, la emoción, el amor, la divina fatalidad que fluye del grupo simple y armonioso, construido con una gracia y una sobriedad notables.

La nobleza de líneas, la originalidad de buena ley, que informan esta obra de Cabrera, hablan de su respeto hondo y sensible por el arte y por la vida. Tiene detalles esta "Maternidad", de una hermosura, de una intimidad conmovedoras, tales la mano sobre la que reposa el cuerpo del niño y la voluptuosidad beatífica con que la mejilla de la madre se acaricia en el cuerpecito del hijo nervioso, inocente y vivo, que apoya el bracito conquistador sobre la cabeza en éxtasis, como sobre un mundo.

El artista desaparece tras la obra realizada. Nuestro espíritu es subyugado por el calor de vida que emana del plástico momento, y la simplicidad del espectáculo nos llena de la poesía honda que gustamos en ciertos momentos ante los queridos paisajes exteriores o interiores, olvidados a fuerza de conocidos.

Otra de las obras de Cabrera, la "Anunciación", muestra la fuerza temperamental del artista. Hay en esa cara, en esos brazos, en todo ese cuerpo grávido ceñido por las finas vestiduras ligeras a la verdad de la brisa, un movimiento tan expresivo, que trasciende de la figura femenina todo un poema hu-

mano y doloroso en que se abisma el espíritu temblante de inquietud. La carne germinadora triunfa en las formas vivientes de los senos, y una súplica inefable, de inmortalidad, de piedad, fluye de las manos trémulas e implorantes y de la boca torturada y fresca. Otra vez nos seduce la gracia del modelado y de la composición.

El proyecto para lugar de reposo en un parque es una muestra acabada del moderno sentido decorativo que Cabrera pone en sus obras.

Contiene este trabajo, desde la fuente al altoprelieve y la línea general de purísima armonía, todos los atributos de finura y elegancia para entusiasmar, además de una comprensión ambiental acabada.

Cabrera es, indudablemente, uno de los más originales escultores jóvenes de estas tierras. Original a fuerza de temperamento, de emoción, de ilustración general, y de nobleza, y no con la grotesca originalidad "pour épater" con que algunos quieren salvar su falta de sensibilidad, de inteligencia y de talento.

Es un placer grande rendir homenaje a un artista de tan puros valores como Germán Cabrera. El porvenir cita a este hombre joven, trabajador, humilde y respetuoso ante el arte, para cercanos triunfos definitivamente consagratorios. Nosotros le agradecemos de esta manera la belleza y la vida que han tocado nuestro espíritu con las formas de sus creaciones millonarias en salud artística y en fuerza constructiva.

Esa belleza que triunfa en las esculturas de Cabrera, surge pura y simplemente de la concepción artística emotiva, fácil y serena. En todas sus obras se advierte la gracia de ese don y la profundidad de un concepto arraigado en su espíritu desde las lejanías de un crepúsculo en que sus ojos, anchos, de un asombro milagroso, se abrieron a forma, luz y color frente a la inexhausta y primera madre.

J. M. M.

ESCULTURAS DE GERMAN CABRERA



MATERNIDAD



ANUNCIACION



LUGAR DE REPOSO PARA UN PRADO

CANCION DE LA HERIDA ANSIOSA

Flor invisible, tus sienes
llevo en los dedos prendida.
Pálido cáliz de cobre
mi cabeza a tí inclinada.
Aspiro, dulce, tu boca
en cada apretado pétalo.
El viento, redes de nervios
ha destrenzado en el mar.
Triste, con mi ansiosa herida
estoy, como amarga miel.
Retamas en flor, me brindan
abejas de oro y perfume.
El cielo afina sus gasas;
Ya es tarde para vendimias!
Triste con mi clara herida,
estoy como un laúd mudo...

CANCION PARA LA HORA TRISTE

Busca mi beso en las hojas muertas
Busca mi talle en los juncos ocrea.
No al duro mar bruñido
No al cristal de los vientos
Irás el hilo de ópalos de mi llanto
Sino a los estanques con dormidos musgos.
Gacelas de la brisa besarán mis hombros
Mil corolas de oro inclinarán sus tallos
Al verme los párpados como seda plúmbea,
Busca mi pena en los prados dulces
Busca mis ojos en los sauces húmedos.

MOTIVOS DE CRIOLLEDA D

PARA ALBERTO LASPLACES

EL OMBU

Una realidad de corazón bajo el peso de cielo vivo es el Ombú. Un ojo que tiene esa mirada hacia adelante de los pájaros. En las madrugadas sobre su frente se avecinan colores tiernos, y por las tardes la sombra se apreta tanto que atrae a las estrellas. Está solo, para que el viento detenido vuelva a empezar en él. Sus raíces van hasta un fondo sordo, donde se tarda en llegar. Sabe del experimento de resistir y del placer de jugarle pulseadas al Pampero. El vacaje, cuando pasa con la aurora perdida, mira con ojos tiernos la fresca escondida en un coraje sufrido de hojas. Su color es duro para la tenacidad del sol y es reconcentrado como la melancolía.

Es solemne y sensible en esta amplitud tan natural de su paisaje, y con el cielo descendido a sus bordes, como una copa de fresca, se da en la dureza lisa de la Pampa, dejando un recuerdo dulce de amistad a su sombra.

Así es el árbol pampeano, como un corazón entre las distancias sumergidas.

LA DILIGENCIA

Colores claros sobre la madrugada, que lanceaba luces detrás de los cerros. La serenidad dulce del campo da el buen día junto a la ventanita oscura de la noche, que con elogios agrios de errajes y de hierros viejos, avanza en pelotón en una cinta angosta de camino. El latigazo sonoro del mayoral flota sobre una nube de chingolos. La hierba voltea rocío sobre el casco de los caballos, que siguen el rumbo viajero del cencerro del cuarteador. La diligencia amarilla y rosada, con el bostezo perezoso de sus ventanas oscuras, con humildad de paisana pobre, mueve con su trote la ancha pereza del aire extenso, y lentamente con su andar de matrona, en el fervor de los días achica distancias. Un poco de ella va quedando en los pueblos de paso, mientras va tanteando horizontes y recogiendo amaneceres hasta llegar al final de ruta.

Pasajeros de risas chacotonas y na-

rrados de luz yesquera entretienen el viaje.

Diligencia del camio, tambor vivo del campo, llevas amistad humana, como una mano amiga de pueblo en pueblo.

LA FLECHA

Dulce llama de muerte que temblaba en el cielo como una caricia de sed de lo fugitivo y enemigo. Por su culpa la Muerte alisa un pájaro que florecía el aire con su canto, o detiene el venado ágil que en su carrera dejaba rayas dulces en la rosada mañana.

En la pelea tiene vías cortas para el odio, y sus puntas de sed llevan la sombra para el nunca jamás. Los heridos pechos de los guerreros la balancean como un gajo, mientras hay el grito corto y terrible del corazón encontrado. Como un resplandor de odio va de yuyal a yuyal en un doble juego de muerte.

EL ESPINILLO

Una vez de raíces y una dulzura de luces sobre hojas indigentes, así es el árbol de la pura hazaña lucente, con sus felpas amarillas o blancas, como gotas del sol olvidadas que cautivan la sed de los pájaros que regresan ceñidos de sombras en los atardeceres. Baca grande de taciturnidad, hínca en el aire bocanadas de aroma que va en la alegría de los vientos en líricos enredos, entre abejas y chicharras dando suavidad nupcial bajo las tiras de cielo que unen dos miradas o dos corazones.

Tiene brazos de amor para los pájaros y las abejas que hacen sus cajas vivas en su nudos, en la amistad pura que halla raíz de música en píos.

Espinillo, gauchito de amores finos con el sol, misterio conseguido de la luz en tus flores, eres una vez y una dulzura en los campos del Uruguay.

TUPA

(Dios de los charrúas)

Tupá, amor dulce, niño blanco del país en donde crece la luna; paloma de cielo

en el pecho negro de la muerte. Tienes el dominio de la brisa que dobla las flores, y de la cachimba que derrama aguas lentas. El mangangá con sed te zumba una ronda, y el avestruz te da plumas grises para tu penacho. Tu pecho es de olor fino como el ubajay, y en cuya sangre el Tubichá moja sus flechas.

¡Ahú! ¡Ahú! bajo las lunas que ruedan en tu sonrisa, ya dicen los guerreros mientras afilan en el viento sus lanzas; el hechicero de larga melena, junto a la olla de pintado rojo, hace que las vírgenes bailen la danza de la llama de anillo azul. Tupá escucha desde las ramas y hace que la luz grite ágil en los pechos de los guerreros.

EL CEIBO

Infantil lujo de la aurora. Ojo manso del río de alucinadas gotas de sol. Tus flores mueven la sed de los pájaros y adornan la guerrera frente del cacique guaraní. Cielo espiritual gotea entre tus ramas y apaga su celeste en el azul del río. La virgen india de carita asustada y de brazos ágiles, enjoyó su garganta joven con el coral oscuro de tus flores. El cardenal te entregó su penacho como una flor más mientras mira su pecho amarillo en el nudo oscuro del río. La noche de seda te llena de estrellas rojas bajo la luna afilada.

J u a n M . F i l a r t i g a s

ELOGIO DE LOS BORRICOS ORILLEROS

Borríco orillero de largas orejas;
manso como el agua,
bueno como el pan;
eres la estampa viva de la paciencia.
Transeunte de todos los horizontes,
sobre tu lomo llevas, con sospechosa resignación,
los dos "cargueros" llenos de esperanzas
de la mujer de las orillas.
Por los caminitos del destino,
vienes y vas, mansamente...
Para la morena campesina,
cuya ansiedad maternal adelanta la madrugada
por lo menos dos horas cada día;
para la recia hembra, a quien llevas y traes del mercado
tienes más importancia que para un millonario
un Rolls-Roys de 50 H. P.

San Rucio;:

Gustavo Riccio — un hombre de corazón sencillo —
una vez — al mirarte pasar,
por el hilo sin fin del camino de polvo —
me murmuró al oído:

"Es más macho que muchos que visten pantalones,
porque le da el sustento a la mujer sin hombre"

Yo, distraídamente le barajé esta frase:

Es mucho, pero mucho más macho de lo que tú supones;
también le da el sustento

al hombre de la humilde campesina,
y a veces hasta le paga el vicio!
dándole el puñadito de monedas
con que le retribuye la ciudad
su esfuerzo cotidiano.

Con esas moneditas, el amo de su ama
pagará su embriaguez del Domingo.

Pero en medio de todo, San Rucio,
la gente no es totalmente ingrata contigo,
ya que por lo menos le ha dado una tradición a tu cuna:

así como los hijos de los ricos se encargan a París,
cuando deseas ver florecida tu raza
consignas los pedidos al Cerro Lambaré...

Y en la fecha indicada

te llegan cuatro varas larguísimas: las patas,
una recia pelambre y dos orejas rotundas.

Con estas cuatro varas, tu hijo remarará las distancias
y cuando llegue al extremo

de la cinta de polvo del camino

con las antenas de sus orejas levantadas al cielo
escuchará el mensaje que le lanza tu voz paternal
desde las orillas de los extrasuburbios...

C a m p o s C e r v e r a

SOLILOQUIO DEL OLVIDO PRESUNTO

Lejana mía:

¿qué pensarás ahora de mí;
ahora que estoy más allá de tu vida;
ahora que solamente puedo verte en el espejo furtivo del recuerdo?
Recuerdo: algo que se va como el humo,
algo que se disuelve en el agua del Tiempo...

¡Ah, si hubiera sido en otras épocas!
no hubiera vacilado en apagar la lumbre temblorosa de tu Imágen
con la humedad salobre de unas lágrimas.
Pero hoy ya no puede ser:

¡estoy tan cerca del ocaso!
Comprendo que a pesar de mi sed de horizontes
estos mis ojos ciegos no te recobrarán:
si saliera a buscar las huellas de tus pasos por el luengo sendero
¡no te reencontraría! ¡no te sabría encontrar!

No obstante, para mis evocaciones,
has de ser eternamente lejana y presente,
porque yo te llevo aprisionada para siempre,
atada a mí por el hilo de seda de una saudade imprecisa.
A veces te presiento: me parece que es tu voz
la que se aproxima hasta el silencio ceñudo de mis noches
y agita en torno mío el vacío glacial que ampara a tu recuerdo.
Pero luego comprendo que las distancias no se salvan con presentimientos
y que el Tiempo no es un vano cortinaje de humo:
siento que algo más hay detrás de todo eso: Tú.

Pero ha de llegar la hora en que has de pensar en mí
sin ternura y sin odio.
Y entonces comenzará a deshacerse ante tus ojos todo el pasado irredimible
Primero será mi voz la que morirá: Luego,
se irán desdibujando mis facciones
como hebras de humo que se fugan sobre las alas del viento;
y por último,
un día en que tendrás-más que nunca-los labios constelados de sonrisas,
ya no recordarás que mi nombre tenía tantas letras
como tus dedos...

¡Otoño! ¡Otoño! Oro viejo de crepúsculos...
Hojas secas echadas a rodar por los yermos caminos...
Presiento que es llegada la hora en que ya no sabré qué hacer
con este manojo de mis esperanzas anochecidas de sombras...
Lejana mía: novia presunta vaciada en carne de ensueños
y tallada a golpes de esperanzas transeuntes:
mientras esta mía hora se deshoja en pétalos de minutos inefables
adivino que mis manos ungidas aún de adosos
ya han recibido de tí el bautismo del olvido.....

En Asunción, a 14-15 de Enero de 1931.

C a m p o s C e r v e r a

EL OPTIMISMO

En un accidente de caza, un hombre quedó tuerto. Un amigo, al saber eso, fué a verle, y se le presentó compungido, en circunstancias de compadecer.

Pero lo halló alegre, tanto que el otro, asombrado, se atrevió a preguntarle:

—Vine a tí creyendo hallarte triste, adolorido por la desgracia que te priva de un ojo. Te hallo sereno, casi alegre. ¿Pero acaso el haberte quedado tuerto te produce alegría?

Respondió él optimista:

—El haberme quedado tuerto no me produce alegría; pero sí me produce alegría pensar que, en vez de haber quedado tuerto pude haberme quedado ciego. La posibilidad de una desgracia mayor, me hace ver que no soy tan desdichado.

EL PREDICADOR

Un predicador cristiano llegó a una isla de salvajes idólatras.

Iba a predicarles. Pero estuvo observándolos. Si es cierto que adoraban a las piedras de determinada forma y color y a las estrellas, al sol y a la luna, también pudo comprobar que los idólatras eran buenos, piadosos, sencillos en sus costumbres, castos, sabios, plenos de amor los unos para los otros...

No les predico a Cristo.

¿Qué necesidad tienen de saber el nombre de aquél que llevaban dentro de sus corazones como una llama pura?

LA VOLUBLE HUMANIDAD

Hay hombres que desean hacer felices a los demás hombres, sin pedir el consentimiento de los que quieren hacer felices.

Sin embargo es más peligroso querer llevar la felicidad a los demás hombres que llevarles la desdicha.

El tirano, seguramente, no sabía esto. Porque veinte años llevaba de oprimir a su pueblo, sin que éste, sumiso protestara.

Pero una vez, ocurriósele al tirano que era necesario cegar un río pan-

tanoso, porque era el origen de la epidemia que asolaba al pueblo continuamente.

Y el pueblo se amotinó. Nunca lo había hecho. Los actos más atroces del tirano los soportó el pueblo y no soportó que cegaran aquel río pantanoso, del que bebía, origen de enfermedad y muerte.

Pero el tirano, esta vez, se obstinó en llevar un poco de felicidad al pueblo que por veinte años hiciera desgraciado siempre.

Y el pueblo, exasperado al fin, recordó todos los actos atroces del tirano; se sublevó y, derribándole, tiró su tronchada cabeza al río que él anhelaba cegar para bien de todos...

Hay hombres que desean hacer felices a los demás hombres, sin pedir el consentimiento de los que quieren hacer felices.

Sin embargo, es más peligroso querer llevar la felicidad a los demás hombres que llevarles la desdicha.

LA RIQUEZA

A y B eran amigos y parientes. A, dado al comercio de las ideas, había dejado que la filosofía le rebosase de precioso líquido el corazón.

B, en cambio, ambicioso del placer que da el dinero, lo buscaba, pero sin fortuna. Supo B que un pariente lejano había muerto y que él quizás tenía derecho a su cuantiosa herencia.

Se consagró a conquistarla.

A, todas las noches solía visitarlo, jugar con él una partida de dominó, oír sus confidencias, las alternativas de su pleito, sus temores y sus esperanzas...

Una noche entró A.

B, lo recibió desdeñosamente.

A, entonces, lo felicitó:

—¿Bien, hombre, veo que has ganado el pleito y que es tuya la herencia!

B, se admiró:

—¿Aún no lo he dicho a nadie! ¿Cómo lo has sabido?

A, filosóficamente, sonriendo, le respondió:

—Por la manera desdeñosa con que me has recibido.

LA INCOMPRESION

Orgullosa de sí misma, de sus verdes y frescas hojas, el repollo preguntó, desafiante:

—¿Pero por qué alaban tanto a la rosa? ¿Por qué es colorada? Yo, en cambio, soy más grande.

Un leve yuyo que casi no se levantaba de la tierra, contestó al orgulloso:

—No la alaban por su color, precisamente. Ni su mérito está en su tamaño. La alaban por su aroma.

Y el repollo siempre agresivo:

—¿Aroma? ¿Qué es eso?...

MI FERVOR EN TU CABELLO

PARA «LA CRUZ DEL SUR»

Plumaje de zorzal es tu cabello.

Relámpagos de azul lo hacen más negro.

Con el sabor del viento.

Con el color del miedo.

Ternura hasta en las yemas de mis dedos para tocar tu pelo.

Mi boca es una brasa. Rosa fuego prendida a tu cabeza, arde mi beso.

Hay un llamear de infierno, y una aureola de novia te da el cielo.

Plumaje de zorzal es tu cabello, y como el niño, tiemblo.

R a f a e l J i j e n a S á n c h e z

Con una mar endiablada que nos sacudía hasta la última célula del cerebro, el "Cóndor" navegaba sobre el Mar de Irlanda, con proa al sur.

El viento silbaba contra el puente, y las olas en la noche espesa y profunda levantaban sus lenguas gigantes, barriendo el pequeño barco de uno a otro lado.

Envuelto en mi capa de agua, caladas las altas botas y mi sombrero de hule, protegiéndome de la escasa estructura del puente, cumplía mi cuarto de guardia, de 12 a 4, sin más compañía en la infinita soledad que el timonel...

Allí iba el muchacho con las manos fijas en la rueda, soportando impasible el chapuzón, mientras sus ojos clavados en el compás, se esforzaban por mantener en medio de los abismos que nos tragaban y las montañas que nos ascendían, un rumbo fijo y desesperado.

¿Dónde estaban las horas embrujadas de las lunas tropicales, llenas de guitarras de Hawái, con tamboriles y con carne morena y desnuda, fragante a jungla y a frutas exuberantes?...

Una nostalgia inmensa de luz, de color, de sol, se apoderaba de mi alma, aquella noche, mientras el submarino, levantando su proa afilada, para luego, de nuevo sumergirla en la onda fría, cruzaba a 20 millas los mares del norte, jélido y tempestuoso.

Pasamos frente a Liverpool, pero muy afuera en la alta mar, esquivando el track de los grandes cargos y los transatlánticos donde el tráfico es intenso, y nosotros en nuestra pequeñez, apenas visibles nuestras luces, cuando una ola nos alzaba, corríamos el riesgo de ser arrasados por la proa de uno de esos gigantes.

Ahora, en la pequeña cámara, recostados sobre los cojines, amontonados casi unos encima de otros, los demás oficiales dormían.

Con las ropas todavía puestas, en las caras un rictus de indecible cansancio, el pelo mojado pegado contra las sienes,

reposaban de las horas terribles que acabábamos de vivir.

Un violento temporal de sur, nos golpeaba desde hacía cuatro días. Todo se había roto a bordo. Las cocinas apagadas nos privaban de un poco de calor para los cuerpos lacios y hambreados. Una avería en las máquinas nos tuvo más de diez horas al garete en mitad del mar desencadenado...

El aire abajo, después de tantas horas con las escotillas cerradas se hacía irrespirable, cargado de aceite, de petróleo y de la respiración de cincuenta cuerpos humanos encerrados entre los muros de acero.

Eran las tres de la mañana...

Luces lejanas pasaban como libélulas, como gusanos de luz arrastrándose sobre el horizonte.

Tenía las manos y los pies ateridos, y unos deseos enormes de echarme a correr, de andar, de saltar, de gritar muy fuerte hasta romperme los pulmones, para escuchar el eco de mi propia voz en aquel campo de silencio.

Ante mí, estaba la carta de navegación fija al tablero y apenas resguardada de los aletazos del viento y de los golpes de las olas. La luz de una ampolleta me daba un círculo de claridad rojiza.

Más allá estaba la sombra densa.

El agua se abría bajo la proa del submarino con un rumor blanco y cruel y el monstruo de torso ondulante parecía arrojar sobre el pequeño casco toda su avalancha de centauros profundos, de huracanes oscuros...

¿Por qué aquel hombre de ojos oblicuos y amarillenta figura que iba junto a mí en la noche, no arrojaba una palabra como una serpentina de humanidad, que viniera a anudarse en el vacío espantoso de las tinieblas? ¿Por qué no me hablaba?...

¿Por qué no le hablaba yo a él?...

En la pista sin orillas de esa noche de maelstrom, el timonel con sus manos

rígidas sobre la rueda y los ojos suspendidos sobre el giro-compás, era para mí como un ídolo de piedra, un Siva cruel e impassible, en cuyas venas la sangre no latía. Era una figura de cera arrancada de uno de esos escalofriantes museos londinenses...

¿Cuántas horas, cuántos días, cuantos años, la escena se había repetido igual para él y para mí?... El con otros oficiales... Yo con otros timoneles!...

Pero esta noche estaba llena de oscuros presagios. Del otro lado de aquel cielo bajo y enmarañado se adivinaban los mundos estelares bañados en la luz de sus anillos espectrales. Parecía que por arriba de aquel muro de nubes se iba a oír, como el ruido de mil avlones, el concierto wagneriano de los planetas girando sobre sus ejes de cristal... Acá, era la sombra húmeda y amortiguada...

De improvviso, la voz de aquella mujer se irguió junto al borde del abismo, espantosa, igual que allá en el último tablón del embarcadero. Aquel grito inhumano de dolor, aquel llamado, aquel adlós... Ese grito que fué como el vaciamiento horrible de un profundo abceso sentimental... Ese grito se alzaba en medio de la noche!...

Romance de amor que apenas durara treinta noches, con sus treinta crepúsculos y sus treinta amaneceres.

Bajo las colinas, el pueblecito de pescadores escoceses dormía arrinconado en el fondo de sus "fjords", perdido entre su malla azul de canales y el capricho de sus islas.

Cada tarde al irme a tierra, de regreso de nuestras penosas sumergidas, en que para probar nuestro submarino, nos pasábamos las horas evolucionando a 200, a 300 pies, hundidos en aquel mundo verde y transparente de los jardines oceánicos. Ella estaba allí, sobre las maderas carcomidas del "Muelle Viejo", recortando contra el cielo gris su trajecito de patinadora de los hielos.

—Aló boy!...

—Aló Baby!...

Voluptuosidad y embrujo de treinta noches de amor.

Alta, flexible, llena de armonías musculares y suavidades de flor de acuario, en sus ojos las luces de aquellos cielos nórdicos se teñían de una lívida dulzura de musgo humedecido...

Carne de rosa y de gilcina.

En sus senos, de ámbar y coral dormían dos poemas de ternura, Y su voz tenía la melodía de las canciones de los bardos adolescentes retornando desde el fondo de las brumas.

Aquella noche, séptima desde que nos separáramos, surgió ante mí, blanca y doliente como una Ofelia flotando en las tinieblas.

Quería alejar de mí, su imagen fría y dolorosa.

Y empujaba los flecheros de mi recuerdo, los arqueros de mi fantasía, hacia los paisajes quemantes, donde el deseo se expande como orquídeas monstruosas a la orilla de la selva, sobre arenas de oro, junto a océanos de fuego...

Llamaba a mi memoria las dulces mulatitas de Jamaica, las ardientes negras de Ceylán, las morenas desnudas y cantantes de Honolulu...

Mas era todo en vano!...

Las imágenes se escapaban al conjuro... Huían en desordenado tropel de fantasmas inexistentes.

Y allí se quedaba mi corazón estremecido, amarrado a la cruz de un grito negro...

Mi conciencia se hundía en un pozo verde y helado, como aquellos ojos que pasaron por el fondo de las nieblas escocesas, dulces, vestidos de lluvia como de un luto transparente...

Tratando de escaparme del delirio, quise hablar.

Mas... ¿a quién?...

Aquel hombre de mirada oblicua y amarilla, parecía una pieza mecánica del submarino, de ese submarino que corría a veinte millas contra el temporal entregado a mis manos, perdidas en el vértigo.

Tomé uno de sus brazos azules, y de frente al rostro inmóvil, en el cual las gotas de agua temblaban como sobre una piel de aceite, hablé:

—¿Conociste a Mary Nicholson allá en Inverness?...

Sin que un músculo se contrajera en su semblante de piedra, salió la voz descolorida:

—Sí. Conocí a Mary Nicholson, mi Capitán...

—Pues mira, — exclamé entonces. ¿La ves allí, adelante, en el lomo de esa ola que viene contra nosotros, blanca,

toda blanca como una gran flor de espuma?...

Volvió a mí su cara amarilla y no me respondió.

—Pues bien, dije, casi susurrándolo en su oído helado... Mary Nicholson ha muerto!!...

—Ha muerto!...

Y rió con una risa áspera y brutal... No hablamos más.

Cuando a las 4 de la mañana, subió un teniente a relevarme de guardia, una

extraña mirada se cruzó entre nosotros. Bajé a la cámara y me tendí en el lecho revuelto, temblando de frío.

A la siguiente tarde, entramos en Cardiff.

Me fuí a tierra y envié el telegrama urgente:

"Mary Nicholson. Inverness. — Dime algo de tí".

Aquel telegrama no tuvo nunca, ¡nunca! una respuesta...

J u a n M a r t í n

FILIACION POETICA DE JAIME TORRES BODET

Perfección y medida. — El nombre de Jaime Torres Bodet ha viajado por todas las latitudes sobre el lomo de media docena de libros. Las revistas literarias, en su vuelo cosmopolita, han preparado un amplio horizonte a la voz del poeta. Nos era ya conocida y amada la manera de su canto; pero es sólo en "Destierro" donde hallamos su filiación poética definitiva, o sea la medida exacta de su sueño y la estatura verdadera de su poesía.

Jaime Torres Bodet nos da esta vez una versión pura del mundo. En su libro las cosas se iluminan de pronto, en su cara más secreta, con una luz inocente. Mundo de lo imperceptible y lo impalpable, en su construcción hay algo de la arquitectura del humo. Desterrado de la realidad, el poeta crea otras realidades — de materia poética — igualmente vivas y animadas: "La cigüeña de la lámpara, el oso amaestrado de la alfombra y esos misteriosos cirujanos que son las sillas, se congregan de noche para la autopsia de las lunas muertas". "El espejo cuenta al revés sus cadáveres: Los visillos amortajan a los paisajes reclusos. Como en el Teatro de Cocoteau, del armario sale un médico a examinar la herida del clavel en la solapa del vestido inmóvil". "Por la humedad de los muros resbala una galera dormida" (1).

La poesía de Torres Bodet es arbitraria, sobrerrealista. Es una rehabilitación de la fantasía de los mejores tiempos de la creación literaria. Esta poesía se mantiene sin un desmayo de principio a fin, desarrollándose en versos largos y numerosos como los pliegues del mar. Los bloques límpidos, cargados de lírica sal, dejan al descubierto de vez en cuando una escama reluciente o un mineral maravilloso.

En este "Destierro" no hay tortura íntima ni drama. Hay la luz de la pupila asombrada ante un espectáculo írreal. La expresión poética se ordena conforme a los cánones de la arquitectura, en una sabia simetría, y alcanza los planos más altos de la serenidad. No hay rastros de lucha interior por la con-

quista de la expresión justa. El verso está hecho de un material transparente y fluido que corre con naturalidad arrastrando imágenes inéditas. No hay abundancia sino selección y sobriedad clásica. Amplitud resonante donde irrumpen frecuentemente las flautas cortas y delgadas de los endecasílabos.

Los motivos modernos, abordados con un dejo de maestría y clasicismo, adquieren un encanto nuevo y perdurable. Se exalta sobre todo el viaje. Entendido que en tren de lujo que no se parece en nada sin embargo al "pullman" de Paul Morand y de A. O. Barnabooth que canta cínicamente "les borborygmes". Nuestro poeta viaja en un vagón de felpas y vidrios asépticos.

May un escalofrío de urbe civilizada en esos poemas donde se mezclan las realidades mecánicas, las pausas efímeras del silencio, los panoramas barajados al azar, la obsesión purificadora del hielo, el secreto descubierto de las cosas que nos circundan. El poeta inventa una especie de mitología moderna: La Virgen de los Termómetros, el Visir de los Cines, las Reinas de los Telescopios.

La poesía de Torres Bodet es densa, rica, nutrida de bellezas interiores, honestamente disimuladas; y el material idiomático de que está construida aparece rejuvenecido, ganancioso de excelencias y virtudes nuevas. Las palabras son tan ligeras que podrían pesarse solamente "en una balanza de música". Hay algunas que se han unido por primera vez en acoplamientos sorprendentes y otras que se han embellecido por vecindades armoniosas. El vocabulario es hermoso y disciplinado y en él cada palabra está cumpliendo su rol poético.

"Destierro" es una serie de poemas ejemplares de la intimidad. No es un destierro del cielo, como el del poeta de "Sobre los ángeles", sino un destierro en el Sueño. La narración de este viaje a través del sueño está contenida en el libro desde la partida, ante la presencia invitadora y sobrenatural de la lámpara, hasta el "regreso" al mundo de las formas concretas y familiares. Torres Bodet nos ha dado con su última obra uno de los mejores exponentes de la poesía de evasión en nuestra lengua.

(1) Jaime Torres Bodet: *Destierro*. Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1930.

Imagen.—Un libro de poesía es un registro del mundo. Registro en extensión o en profundidad. El ser poético viaja lo mismo a lo largo de los continentes geográficos que a través de las latitudes espirituales del planeta. Muchas veces se enriquece de singulares hallazgos. El poeta, por un pequeño salario de gozo, emplea su vida en esta especie de registro civil de la belleza, investiga el parentesco de las cosas y lo anota virginalmente en su cuaderno.

Jaime Torres Bodet cataloga imágenes de aparente sencillez aunque de perspectivas recónditas. Más bien dicho, por medio de imágenes registra sus impresiones del mundo exterior y relata su propia historia emocional. Su imagen es sintética, destilada como una esencia sutil, cuajada en múltiples facetas, "químicamente pura". Imagen despojada, geométrica, precisa como un teorema y hecha para ser captada totalmente por los ojos, sin intervención de la voz, menos del canto. Poesía visual, en esquemas donde se adivina el trabajo de la mente y la aportación de la cultura. De una cultura conquistada a fuerza de las más altas disciplinas y de la poda severa de lo espontáneo y lo exuberante.

El ojo del poeta sigue el contorno del mundo material, aprisiona su ser profundo y verdadero, lo guarda cuidadosamente hasta su cristalización definitiva y lo devuelve luego en categoría de pensamiento. El sentido del color, el humorismo — un humorismo que resume apenas de algunos poemas, — la construcción de lo arbitrario, se nos manifiestan discretamente en imágenes compactas. He aquí una cristalogía de "Destierro".

Imágenes de color:

"Todo el invierno ha llegado en esta carta de Rusia.
(Pág. 21)

"la ternura de una toronja en el país de un frutero vacío".
(Pág. 22)

"la hoja de la retama
contaba el color del tiempo".
(Pág. 31)

"y la soledad de la garza se multiplica de pronto por la frecuencia del [mirlo."
(Pág. 33)

"Batallas del sonido contra el aire, de la voz contra el eco, del color contra la geometría del diamante. Te encarcelaré con triángulos, fulgor."
(Pág. 44)

"en que los automóviles estampan tropelos de fantasmas sobre paredes de papel poroso."
(Pág. 95)

(Aquí pasa una sombra de Rafael Alberti).

Humorismo, casi podríamos decir también sentido de lo que los franceses llaman "bizarre", hay en los siguientes imágenes:

"La Tierra cuelga del clavo en que la colocó una mañana de invierno el señor Laplace".
(Pág. 102)

"¿Qué metálico Dios en este mar de nieve en que me lanzo ordena la pesca de mi cuerpo destrozado?"
(Pág. 119)

"La Tierra está pendiente del capricho de un jugador de billar".
(Pág. 55)

"Y no hemos traído del Diluvio una sola tarjeta postal."
(Pág. 103)

Imágenes de lo arbitrario, invención pura:

"Se oyen pisadas que no se acercan, testigos que no declaran, tambores que no [redoblan,

cornetas en que el ejército aguarda la orden de un emperador fusilado".
(Pág. 15)

"en que se oye el gemido de la puerta de plata que cierra un Arzobispo demente sobre una iglesia de llamas".
(Pág. 24)

"Para que no pidamos socorro a los ángeles el Ladrón de Bagdad ha cortado las venas de los teléfonos".
(Pág. 103)

Esta imágenes de juego ágil, desfilando sin fin en una pista transparente y vasta, hacen que su creador ocupe un lugar señalado en el panorama literario hispanoamericano de hoy, donde le vemos pensativo, asomado a una alta ventana, con la raíz del sueño marcada en la frente. El notable hispanista y crítico francés Pillement dice: "Torres Bodet es el Giraudoux de lengua española, con toda su invención, toda su exquisita libertad, su emoción discreta y su sonrisa tierna y cómplice".

Disciplina.—Lo que aprendemos sobre todo, en el último libro de Torres Bodet es la disciplina poética. Todas las voces

confusas que pugnan por escaparse de la garganta del hombre, son ahogadas por el poeta para dar salida solamente al canto organizado y limpio. Su poesía es una construcción diáfana e inteligente, cuyos elementos se superponen en equilibrio perfecto hasta lograr la estabilidad y la altura premeditadas. El constructor trabaja en andamios de maravilla y con niveles de luz. Toda su obra está bañada en el resplandor de la creación intelectual.

En nuestra América, donde aún subsisten el énfasis y la declamación ampulosa, al amparo de los pseudocríticos que proclaman que la poesía "genuinamente americana" debe ser grandilocuente, la obra poética de Torres Bodet es un ejemplo. Ejemplo y modelo del control que la inteligencia debe ejercer sobre el impulso lírico. La poesía a gritos, la "poesía en bruto", si se nos permite la expresión, está en derrota ante la poesía civilizada. La aparición del poema culto es ya, felizmente, una realidad en muchos países hispanoamericanos.

En el México admirable de hoy se hallan, al lado del claro maestro Alfonso Reyes y del autor de "Destierro", el Carlos Pellicer de "Camino" — que es una vía real hacia la plenitud, — Ortiz de Montellano, Javier Villaurrutia, Salvador Novo, González Rojo. En Cuba, Juan Marinello y ahora Eugenio Florit. En Colombia, Luis Vidales, Castañeda Aragón. En el Perú, el interesante César Vallejo, Alberto Hidalgo, Guillén, Xavier Abril, Martín Adán y otros. En Chile, el profundo Neruda, Salvador Reyes, Juan Marín, Gerardo Seguel y muchos más.

Jorge Luis Borges, el "ramoniano" Oliverio Girondo y Leopoldo Marechal en la Argentina. Y así casi en todo el casillero continental.

Jaime Torres Bodet es también, y sin ceder en calidad al poeta, un prosista magnífico. "Margarita de Niebla" y la "Educación sentimental" son obras ricas en contenido estético. Aun en la materia más ancha de la prosa trabaja Torres Bodet con una preocupación arquitectural. Espíritus de la talla de Benjamín Jarnés afirman que estos dos libros colocan a su autor "en la más firme jerarquía del idioma castellano".

Nuestro poeta llegó a playas españolas con un bagaje de libros y un espíritu madurado al calor de la concentración y el estudio. Tuvo que esforzarse y batallar contra una "muralla de hombres" para dejar ver la luz que trafa en la frente. Ya lo dice él mismo: "He tenido que aprender a nadar en una competencia de naufragos". Luego, su obra se impuso. Las mejores revistas de Occidente la comentaron con elogio. Los críticos españoles señalaron al recién venido puesto de honor entre los jóvenes. Y ahora es el poeta que nos hace la más aguda insinuación de esta hora con su "Embarque hacia la Geometría", que es el viaje hacia las líneas disciplinadas, la perfección, la nitidez, y la medida. No hay duda que allegará innumerables espíritus su propaganda de belleza, su mensaje de sobriedad y de altura. Jaime Torres Bodet es el embajador de la nueva poesía hispanoamericana en España.

Barcelona, Abril de 1931.

J o r g e C a r r e r a A n d r a d e

PARAGUAY ARTISTICO

Con la exposición de los ocho cuadros, con que el Paraguay concurre a la Exposición Pan Americana, que se acaba de inaugurar en Baltimore, se ha cerrado el ciclo artístico del año 30, y, sería interesante hacer quizá, algunas consideraciones al respecto.

El Paraguay, engarzado en el corazón de América del Sud, sin un paso directo hacia el mundo, sufre las influencias de los países circunvecinos, que como un tamiz se interponen a las corrientes espirituales de Europa hasta llegar a estas playas. El movimiento artístico, por lo tanto, si bien tiende hacia una europeización, pierde en su paso por los países limítrofes el sello de lo típicamente europeo, para llegar como una simple tendencia espiritual, que incidiendo en lo típico, dá como consecuencia un arte autóctono con la tendencia a recoger los procedimientos técnicos de los países de donde vinieren. Por esa razón, si en otros países el artista debe forzar su inclinación de lo europeo hacia lo típicamente natural, aquí va de lo típicamente natural hacia lo técnico europeo.

Y es natural que así sea. El Paraguay vive aún las consecuencias de su historia. El aislamiento en que lo sumió Francia, el desastre material y moral como consecuencia de la guerra de la Triple Alianza y la lucha de los caudillos revolucionarios que está aún al alcance de la mano, han sido consecuencias de la cristalización de la civilización o cultura, y que sufriese un colapso en su florecimiento, debiendo el artista reconcentrarse en sí mismo. Y estos hechos son desgraciadamente tan recientes, que el arte no ha podido sobreponerse a ellos e iniciar un camino decisivo de extraterritorialidad.

Sin embargo, se nota un gran afán encaminado hacia la realización de una etapa artística. De la nada está surgiendo un movimiento cultural. En música, el profesor Remberto Giménez, egresado del conservatorio que dirige el profesor Alberto Williams, en Buenos Aires, después de varios cursos intensivos en París y Berlín, bajo la dirección de Lucien Capet y Alejandro Petschicoff respectivamente, ha organizado primeramente un cuarteto de cuerdas con los profesores

Enrique Marsal, Herich Pietzunka y Alfred Kamprat, traídos especialmente de Europa para dictar cursos en el Instituto Paraguayo, que está bajo la dirección del profesor Giménez. Dicho cuarteto ha realizado una laboriosa obra cultural, ejecutando varios conciertos de Beethoven, Haydn, Grieg, Smetana y Borodín.

Al mismo profesor Remberto Giménez, se debe la creación de la Orquesta Sinfónica, con los profesores antes nombrados y alumnos del Instituto. Este año han ejecutado la 3.ª Sinfonía de Beethoven, además de composiciones de Weber, Wagner, Grieg, Rossini, etc. Se ha llevado a cabo, casi a razón de un concierto mensual, donde los músicos prestaban su colaboración desinteresada, pues la economía del país no permite aún la fijación de sueldos. Y es más interesante el hecho, pues a Asunción no ha llegado nunca ningún solista célebre y menos aún conjuntos sinfónicos.

En las artes plásticas, — que deberían ser motivo de un estudio especial, — se destacan en primer orden los pintores Juan A. Samundio, Modesto Delgado Rodas, Pablo Alborno y Holdenjara, todos ellos han realizado estudios en Europa, donde han ido becados por el gobierno.

La naturaleza paraguaya es pródiga en motivos, ya sea por sus paisajes donde la vegetación tiene un colorido, difícil de encontrar, quizá, en otros países, como en sus serranías, llenas de quebradas y pomposamente adornadas por una vegetación natural. El tipo autóctono presenta también características fáciles a la impresión artística.

No existiendo una pintura anterior que les sirva de margen y contra la cual deban luchar, el problema de las nuevas tendencias pictóricas no ha llegado a constituir un problema. Inspirados más que todo en el impresionismo italiano, han recogido de través, pero sólo como problema espiritual, a la distancia, todas las inquietudes de profundidad porque luchan las tendencias modernas, dejando de lado la literatura y el chauvinismo de que fatalmente tuvo que usarse en Europa. Así, tanto Delgado Rodas como Samundio, resuelven el plano decorativo y la profundidad por medio de las nubes de sus paisajes y la división natural de

planos en la arquitectura de la composición.

Este año, se han llevado a cabo sólo dos exposiciones pictóricas, en el local del Gimnasio Paraguayo, espécimen de Academia de Bellas Artes. La primera de ellas, del pintor Modesto Delgado Rodas, que aborda más que todo la figura, retratos, desnudos, de composición vigorosa, donde el tipo autóctono con su vestido característico, alterna con el paisaje de contrafondo. La segunda exposición, la realizó Juan A. Samundio, paisajista por excelencia, que siente con intensidad el colorido exuberante de la flora paraguaya, así como también la emoción de los cerros abruptos y la corriente impetuosa de los arroyos que surcan todo el territorio.

Pablo Alborno, que durante mucho tiempo estuvo alejado de las telas a vuelta a ellas con nuevos bríos. Alborno y Holdenjara, nos tienen prometidas dos exposiciones para este año.

Con la concurrencia a la exposición de Baltimore, el Paraguay entra a la conquista de un puesto en el desarrollo artístico americano, del cual estaba alejado. Es un nuevo resurgimiento, promisor para el futuro, y, hecho con toda abnegación, pues dada la mala economía del país casi ningún artista puede vivir de su arte.

N. BLEY.

Abuñón.

REVISTAS RECIBIDAS

La Pluma, N.º 19. Editor: Orsini Bertani. Montevideo.

Alfar, N.º 70. Director: Julio J. Casal.

Repertorio Americano, Tomo XXII. N.ºs 13, 14, 15 y 16. Director: J. García Monje. San José (Costa Rica).

Nosotros, N.ºs 263, 264, 265. Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto Guistl. Buenos Aires.

La Reforma Social, Tomo XLVIII. N.ºs 5 y 6. Director: Jacinto López. Nueva York.

Índice. Mensuario de cultura. San Juan de Puerto Rico. N.ºs 24, 25 y 26.

Revista Bimestre Cubana. Volumen XXVII. N.ºs 2 y 3. La Habana (Cuba).

Contemporáneos. Revista mejicana de cultura. N.ºs 34 y 35. Méjico.

Portucale. Volumen IV. N.ºs 18 y 19. Porto (Portugal).

Revista de las Españas. N.ºs 53, 54, 55, 56, 57 y 58. Publicación de la Unión Ibero-Americana. Madrid.

Rieles. Órgano del Centro Universitario "Diancia". N.ºs 13 y 14. Quito (Ecuador).

El libro y el pueblo. Revista de Bibliografía y Biblioteconomía, órgano del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública. N.ºs 1, 2, 3 y 4. Tomo IX. Méjico.

Barandal. Revista mensual. N.ºs 1 y 2. Méjico.

Crónica del Arte. Publicación del Museo Provincial de Bellas Artes. Director: Emilio Petrutti. Año 1.º. N.º 1. La Plata (Rep. Argentina).

Brújula. Revista mensual independiente de Arte e Ideas. N.ºs 10, 11 y 12. Buenos Aires.

Cuyo - Buenos Aires. Literatura. Arte. Crítica. N.ºs 3 y 4. Mendoza (Rep. Argentina).

Hontanar. Revista mensual de literatura y arte. Loja (Ecuador). N.ºs 2 y 3.

Megáfono. Revista universitaria. N.ºs 6 y 7. Buenos Aires.

Argentina. Periódico de arte y crítica. Director: Córdova Iturburu. N.ºs 1, 2 y 3. Buenos Aires.

Cartel. Boletín editorial. J. Samet. Buenos Aires.

La Antena. Órgano de cultura nacional y extranjera. Panamá. N.ºs del 1 al 12.

Vértice. Órgano oficial de la Asociación José E. Rodó. N.ºs VII y VIII. Montevideo.

Nervio. Ciencias. Artes. Letras. N.ºs 4 y 5. Buenos Aires.

Miscelánea. Publicación mensual. N.ºs 3 y 4. Quito (Ecuador).

Front. Revista internacional N.º 3. Holland.

La Revue Mondiale. Año XLII. Volumen CCII. París.

L'Esprit Français. Año 3.º. N.º 56. París.

Cultura Venezolana. Revista mensual. Director: José A. Tagliaferro. N.ºs 109 y 110. Caracas.

NOTAS Y COMENTARIOS

PAUL MORAND

Hemos tenido entre nosotros dos días apenas a Paul Morand, uno de los más personales y originales representantes de la novela francesa de la "post-guerra". Dos días, una conferencia, chispeante y espiritual como todas las suyas, sobre el tema: "Las mujeres contra los hombres". En el salón de actos de la Universidad, que resultó pequeñísimo para la cantidad de personas que quisieron oírlo, Morand disertó sobre los avances de la mujer en nuestra época iconoclasta de tradiciones y costumbres. Se refirió más a la mujer europea y norteamericana que a la nuestra, esculpida todavía en el molde semicolonial de que no se ha podido libertarse. El autor de "Fermé la nuit" y de "L'Europe galante", es uno de los más profundos conocedores de ese interesante tipo nuevo de mujer que se ha emancipado de todos los prejuicios seculares sin perder los encantos eternos de la femineidad, y el que conocemos a través de novelas y crónicas más o menos brillantes y verídicas. De nosotros, Morand, no puede haber llevado impresión alguna, fuera del mal efecto que ha de haberle producido ese monumental adefeso del Palacio Salvo, cuya sola vista impulsa a todos viajeros inteligentes que nos visitan, a volver al vapor cuanto antes. Nuestro compañero Gervasio Guillot Muñoz, presentó con palabra galana y fluida y en puro francés literario, al gran escritor,

"CARTEL"

Se anuncia la reaparición de "Cartel", bajo la dirección de Alfredo Mario Ferreiro y Hugo L. Ricaldoni. Deséamosle larga vida.

CARLOS M. de VALLEJO

Se encuentra en nuestra ciudad, en uso de licencia reglamentaria, el señor Carlos María de Vallejo, cónsul del Uruguay en Cádiz. La personalidad de Vallejo es conocida y sumamente apreciada en nuestro ambiente literario, y su último libro "Disco de señales", versos de vanguardia, le ha valido el más hermoso éxito de su carrera literaria. Director de "Renovación", revista de Arte que ve la luz en la ciudad andaluza en que reside, ha probado ser también un experto animador y un crítico agudo y cordial. Sus amigos de ésta — que los tiene innumerables, — lo han agasajado de todas maneras, tratando de hacerle lo más grata posible su estada en esta ciudad de sus amores y preferencias. Nuestro saludo.

DIBUJOS DE BARRADAS

Una exposición de Rafael Barradas es siempre un acontecimiento en nuestro ambiente, un lujo para el espíritu y la sensibilidad. En el Palacio Sarandí acaba de inaugurarse una, interesantísima, integrada por muchos de sus dibujos, inéditos y desconocidos para nosotros. Razones imperiosas de tiempo no nos permiten ocuparnos ahora como sería nuestro deseo de esa explicación, pero la recomendamos a todos aquellos compatriotas que no hagan girar su vida alrededor de las fluctuaciones del \$; de un goal de Tito Borjas; de un uppercut del "burro de los mataderos", o del partido verde, azul, o tornasol. Estamos seguros de que para quien sea capaz de elevarse un poco sobre las miserias circundantes esta muestra de Rafael Barradas constituirá una verdadera liberación.

EXPOSICION-VENTA DE PINTURA Y ESCULTURA

Para el día 20 del corriente mes está anunciada la apertura en el Palacio Sarandí, de la Exposición - venta de obras de nuestros principales pintores y escultores. Plasma así en realidad la iniciativa del Director de Correos Dr. César Miranda al crear una Oficina Postal de Difusión Artística, y puesta bajo la vigilancia de nuestro amigo Juan M. Filartigas. Esta primera muestra de nuestro arte plástico nacional parece que va a ser excepcional, y aunque no se logran muchas ventas debido a la mala situación económica del país servirá por lo menos como un gallardo testimonio de la capacidad de nuestros artistas. Han sido invitados y tenemos entendido que han prometido concurrir los siguientes: escultores: Michelena, Pena, Zorrilla de San Martín, Cabrera, Pose, D'Aniello, Chalar, Barbieri, Savio, Pratti, Cantú, A. González, Furest, Marino Gain, Calandria, Demicheri, Manila Risco, etc. Pintores: Rosé, Cúneo, Arzadum, Pesce Castro, Laborde, Rodríguez, Bazzurro, Urta, Viera, Lecour, Sgarbi, Aguerre, De Simone, Saredo, Bravo, Daneri, Buxareo, Balparda, Fabini de Fusco, Obiol de Muñoz Montoro, Pastor, Salgiero, Barradas, Figari, Carvajal Victoria, Costiglioso, Bellini, Nieto, Carafi, Baletti, Blelli, Rivello, Milo Bereta, Castellanos, Fayol, Frangella, Argul, Ferrari, Heider, Aliseri, Franch, Méndez Magariños, Lázaro, Pereyra, Pareja, Benizo, Padilla, Balparda Castellanos, Prevosti, Ráfalo, Ivone Chapuis, etc.